

do respuestas en español. En 1976 se publicó la traducción de Gevaert y el 1980, la de Coreth. Pero hasta el final del siglo xx no tuvimos una reflexión filosófica sobre el ser humano basada en los datos de las antropologías positivas (Lorite, 1992; Masiá, 1997; Laín Entralgo, 1999; Beorlegui, 1999; Choza, 2002). Llega ahora hasta nosotros este correcto manual de Antropología suscrito por el profesor Gabriel Amengual, catedrático de filosofía en la Universidad de las Islas Baleares y del Centro de Estudios Teológicos de Mallorca. Como manual, cumple perfectamente con su función: está estructurado en 18 temas con una cierta independencia de modo que el profesor pueda reorganizar la materia de acuerdo con las exigencias del alumnado. Cada uno de los temas se inicia con una selecta bibliografía y la recomendación de unos textos complementarios. Como el mismo autor reconoce, el hilo conductor de su pensamiento antropológico está sugerido en el capítulo primero (especialmente en el apartado 2): el hombre como el ente que es concernido por el ser, que tiene su ser como encargo, que es un ser-a-ser. De ahí que el aspecto ontológico —muy del gusto de Heidegger— está muy presente en el desarrollo del texto. Tal vez Heidegger, junto con Hegel, sean de los autores más citados a lo largo del texto. El carácter corporal y social, la afectividad, el lenguaje y, especialmente, la mente y el carácter personal muestran de qué mimbres está construido el complejo cesto de lo humano. Otros rasgos, como la identidad, la libertad, la actividad, la historicidad, la cultura y la sociedad, muestran las tareas a las que está destinado. Concluye el recorrido por lo que Amengual llama «el límite»: el mal, la caída, la culpa y la muerte, las preguntas radicales que los existencialistas arrastrarían a la frontera de lo humano. Tal vez, a lo largo del manual, notemos la ausencia de más referencias explícitas a las antropologías positivas, tanto las físicas como la sociales, que significaron el punto de inflexión de las

nuevas antropologías de Scheler, Plessner y Gehlen, así como los datos retadores de la paleontropología y las antropologías reduccionistas. Una completa bibliografía permite al estudioso avanzar en su reflexión por los caminos de la antropología.—
L. SEQUEIROS.

BOSSI, LAURA, *Historia Natural del Alma* (A. Machado Libros, Madrid, 2008) Colección La Balsa de la Medusa, n.º 164, 521 pp. ISBN: 978-84-7774-685-0

La neuróloga milanesa Laura Bossi aborda en este provocador y erudito estudio las diversas posturas que se han mantenido a lo largo de la historia del pensamiento científico, filosófico y teológico sobre el «alma», su existencia y su naturaleza. Como indica la propia autora, existe un «eclipse del alma» en el pensamiento occidental. En los albores del tercer milenio, la palabra «alma» ha sido borrada de los diccionarios. Los filósofos parecen pensar que se trata de un tema que ya es historia, e incluso los teólogos parecen hoy molestos ante la palabra, tal vez por temor a ser considerados dualistas. Sin embargo, el «alma» es un concepto que distingue lo vivo (lo animado) de lo inanimado. Los teólogos hoy, en lugar de «alma», prefieren el término «persona» (máscara de teatro, personaje), cuyo significado teológico, opuesto a la naturaleza y relacionado con las hipóstasis divinas, escapa al profano, más familiarizado con su significado jurídico, de origen estoico, de ciudadano responsable que desempeña un papel en la *polis*. El alma también está ausente de los escritos modernos y diccionarios de teología cristiana, según apuntaba Joseph Ratzinger en 1979, e incluso en la liturgia católica en torno a los muertos.

Una desaparición tan singular —opina Bossi— apela a la reflexión. Una palabra tan antigua, ¿no se habrá «desgastado» a fuerza de significar demasiado? ¿Podemos relegarla definitivamente al desván

de las ideas obsoletas? ¿Podemos describirla, en nombre de la razón, de la claridad de pensamiento, como proponía Paul Valéry: «Nunca hagáis uso de palabras que no utilizáis para pensar»?

Sin duda, el alma es algo difícil de captar. Es un concepto osado y vagamente monstruos, pues reúne, como la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, las tres preguntas fundamentales del ser humano: vida, muerte y conciencia.

La muerte (desaparición mágica, inaceptable caída en la nada, «creación al revés»), como el amor, siempre es joven. Su extrañeza se renueva a cada generación humana. ¿Cómo explicar la diferencia, sin embargo, evidente a los ojos de un niño, entre un ser humano y un cadáver, entre un perro muerto y un perro vivo?

En el otro extremo de la existencia, e igualmente extraña, hallamos la vida, que surge del mundo inanimado y se extiende mediante generación, nacimiento y desarrollo de nuevos seres. Extrañeza igualmente inquietante, la de los seres vivos en todas sus formas: extrañeza de la naturaleza. «Nacer» procede de *naceré*, igual que «naturaleza» que es vida, engendramiento (como en griego, *Phycis*), tanto potencia de engendramiento como lo que es engendrado. Los animales son los «animados». Y en el origen de «vegetal» encontramos *vegetus* que no significa inerte, sino, al contrario, indica fuerza y crecimiento.

Extrañeza, en fin, de la conciencia, «lo que en cada uno de nosotros es uno mismo», según Platón, pero que, ya lo sabemos, no es completamente ama y señora en su propia casa, pues mantiene relaciones complejas, a veces conflictivas, con un cuerpo que se desarrolla, engendra, envejece, enferma y acaba muriendo sin pedirle permiso, dotado de órganos que parecen contar con una voluntad autónoma.

Para Laura Bossi, el alma es la vida, lo que distingue los vivo, lo «animado», del mundo «inanimado» (que nunca ha esta-

do vivo) o de los muertos, quienes tras haber vivido, han «rendido su alma». Pero también es la conciencia, el *pensamiento* claro, la «mente» de la que cobramos conciencia mediante introspección, a diferencia de la vida oscura de los órganos. En fin, el alma es el *ser humano*, en lo que tiene de único, de individual, es lo que le aporta un sitio singular en el mundo de la naturaleza, y le hace por lo tanto esperar una vida después de la muerte.

Esto lleva a la autora a proponer una primera hipótesis: el alma es un concepto sorprendente y maravilloso que encarna de alguna manera las cuestiones primeras que cada uno se plantea o puede plantearse. Preguntas infantiles, no por ingenuas sino porque surgen en la infancia: ¿de dónde vengo? ¿por qué he de morir? ¿qué es lo que pasa en mi interior? ¿cuál es mi lugar en este mundo poblado de tantas criaturas incomprensibles?

¿El abandono del alma se debe acaso a un desinterés actual por estas viejas preguntas? Si observamos con un poco de atención, no es para nada el caso. A lo largo de 8 densos y documentados capítulos, la autora recorre las tradiciones míticas, las tradiciones zoológicas, las implicaciones para el árbol de la evolución, el alma humana, las diferencias con los primates, la esencia de lo que podríamos llamar el «alma» y las reflexiones actuales a partir de la neurología y las teorías de la mente. En conclusión: para la autora, repensar el «alma» supone en el fondo la defensa del ser humano. El estudio de completa con una extensa bibliografía y un completo índice de los autores citados.—L. SEQUEIROS.

BRAGUE, RÉMI, *La sabiduría del mundo. Historia de la experiencia humana del universo* (Ediciones Encuentro, Madrid, 2008), Filosofía, 422 pp. ISBN: 978-84-7490-832-9

Los programas desarrollados desde 1991, tras la publicación del famoso libro